Gloria a Dios

Lucia de Tejada



"Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz".

Cuando el Señor Jesús, descendiendo de los cielos impulsado por amor, nació chiquitito en Belén, los ángeles en el cielo le contemplaron allí escondido entre las pajas, echado en un pesebre, envuelto en pobres pañales. Le vieron "admirable" y entonaron, "¡Gloria a Dios!"

Allí estaba aquel sin el cual nada se hizo; él en quien estaba la vida; él que es la luz de los hombres. Allí estaba el Consejero brillando en las tinieblas; y los ángeles del cielo, viéndole pequeño y humillado, hecho un poco menor que ellos, exclamaron, "¡Admirable, Consejero!" y entonaron, "¡Gloria a Dios!"

En ese lugar ignorado, el Dios fuerte, aquel a cuyo nombre se doble toda rodilla y toda lengua confiese que él es Señor a la gloria de Dios el Padre, revestido de carne, se hallaba; hecho débil y pobre criatura; y los ángeles del cielo, viéndole allí tiernecito, necesitado de

todo, se postraron y adoraron repitiendo, “Admirable, Consejero, Dios Fuerte” y entonaron, “¡Gloria a Dios!”

Aquel amado del Padre desde antes de la constitución del mundo, lleno de gloria cerca de él aún antes que el mundo fuese, él que es el resplandor de su gloria y la misma imagen de su sustancia, Padre eterno, Omnipotente, ha tomado forma humana y está echado en un pesebre; y los ángeles al verle así humanado el eterno, hecho pequeño y finito, en un mesón despreciado exclamaron, “¡Gloria a Dios!”

El Príncipe de paz dejó en las alturas su trono y tomando condición de siervo, siendo rico se hizo pobre. El cuyo solio es el cielo, y la tierra, de sus pies estrado, el dueño del Universo, el heredero de todo, despreciado de los hombres, ha nacido en un pesebre y las bestias le calientan, y los ángeles al verle exclamaron, “Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz”. Entonando alegres himnos repetían, “¡Gloria a Dios!”

Mientras tanto en Belén dormido con sus puertas bien cerradas, no pudo mirar la luz que desde el cielo fluía, ni tampoco oír el canto de los ejércitos celestiales que decían “¡Gloria a Dios!”

Los pastores que velaban recibieron el mensaje y presurosos fueron a Belén y encontraron a Jesús, y alegres en sus cantares, repitieron, “¡Gloria a Dios!”

Tras ellos vamos nosotros, ¡Adoramos a Jesús! Confesémosle ¡Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz, y en comunión con los cielos entonemos, “¡Gloria a Dios!”

